

COLECCIÓN DE ENSAYO POLÍTICO
INSTITUTO JUAN DE MARIANA – VALUE SCHOOL – DEUSTO

JUAN DE MARIANA

DEL REY Y DE LA INSTITUCIÓN REAL



INSTITUTO
JUAN DE MARIANA



DEUSTO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Libro primero

Prólogo dirigido a Felipe III, rey católico de España

Capítulo I. El hombre es por su naturaleza animal social

Capítulo II. Entre todas las formas de gobierno es preferible la monarquía

Capítulo III. ¿Debe ser la monarquía hereditaria?

Capítulo IV. De la sucesión real entre los agnados

Capítulo V. Diferencia entre el rey y el tirano

Capítulo VI. ¿Es lícito matar al tirano?

Capítulo VII. Si es lícito envenenar a un tirano

Capítulo VIII. ¿Es mayor el poder del rey, o el de la república?

Capítulo IX. El príncipe no está dispensado de guardar las leyes

Capítulo X. El príncipe no puede legislar en materias de religión

Libro segundo

Capítulo I. De la educación de los niños

Capítulo II. De las nodrizas

Capítulo III. De la primera educación del príncipe

Capítulo IV. Del porte exterior del rey, es decir, de la regla que debe guardar en comer y en vestir

Capítulo V. Del ejercicio del cuerpo

Capítulo VI. De las letras

Capítulo VII. De la música

Capítulo VIII. De otras artes

Capítulo IX. De los compañeros

Capítulo X. De la mentira

Capítulo XI. De los aduladores

Capítulo XII. De las demás virtudes del príncipe

Capítulo XIII. De la gloria

Capítulo XIV. De la religión

Libro tercero

Capítulo I. De los magistrados

Capítulo II. De los obispos

Capítulo III. Si los hombres malos deben ser completamente excluidos de los cargos del Estado

Capítulo IV. De los honores y premios en general

Capítulo V. Del arte militar

Capítulo VI. El príncipe debe hacer la guerra por sí mismo

Capítulo VII. De los tributos

Capítulo VIII. De los víveres

Capítulo IX. De los edificios

Capítulo X. De los juicios

Capítulo XI. De la justicia

Capítulo XII. De la lealtad

Capítulo XIII. De los pobres

Capítulo XIV. De la prudencia

Capítulo XV. No es verdad que pueda haber en una sola nación muchas religiones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a con- tenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

En este libro Juan de Mariana, considerado uno de los precursores del liberalismo, aborda un tema que hoy en día sigue siendo muy debatido: la monarquía. Escrito durante la época de apogeo de los reyes autoritarios, *Del rey y de la institución real* es un ensayo que busca analizar y justificar la monarquía, así como exponer sus límites. Tenía además la función de educar al príncipe, pues se trata de un libro dirigido al que más tarde sería Felipe III y determinar sus obligaciones. Esta obra ha sido considerada audaz, cuando no escandalosa, por la exposición que realiza sobre el tiranicidio, siendo acusado de ser la causa de diversos regnicidios posteriores.

Del Rey y de la institución real

JUAN DE MARIANA



EDICIONES DEUSTO

Libro primero

Prólogo dirigido a Felipe III, rey católico de España

Hay en los confines de los carpetanos, de los Vectones y de la antigua Lusitania una ciudad noble y famosa, cuna de grandes ingenios, que Ptolomeo llama Líbora, Livio Ebora, los godos Elbora, y nosotros Talavera. Está sentada en un valle, de cuatro mil pasos de anchura por aquella parte, y de más algo más arriba, que cortan muchos ríos de amenísimas riberas, entre ellos el Tajo, célebre por sus brillantes arenas de oro, por su extenso cauce y por los muchísimos arroyos que le dan tributo. Besan hacia el norte las aguas de este río las firmes murallas de aquel antiguo municipio, defendidas a trechos por numerosas y elevadas torres de imponente aspecto.

Es indudablemente Talavera digna de grandes elogios, tanto, que entre callar o extenderse poco en ellos creemos que, siéndoles deudores de la primera luz que vimos, nos conviene más guardar silencio. Debemos, sin embargo, atendido nuestro actual propósito, añadir que a no mucha distancia, en el camino de Ávila, se levanta a manera de meta un cerro, separado de cuantos le rodean, muy quebrado, de áspera y difícilísima pendiente y de unos cuatro mil pasos de circunferencia. Está poblado de muchas al-

deas, cubierto de bosques, dotado de frescas y abundantes aguas. Enriquecido con una tierra que satisface las esperanzas del colono, libre de todos esos males que tan a menudo afligen otros países no tan afortunados. Tiene en la cumbre, allá en la parte del norte, que es la más fragosa, una cueva de estrecha y trabajosa entrada, noble asilo de san Vicente y de sus hermanas cuando para evitar la cólera de Daciano tuvieron que dejar los muros de Elbora y a corto trecho las ruinas de un templo consagrado a aquel Santo, insigne en otro tiempo, y aún ahora notable no sólo por sus grandes recuerdos religiosos, sino también por la majestad que le dan sus árboles seculares y sobre todo la circunstancia de estar situado en un lugar eminente, desde el cual puede abrazar la vista un vastísimo horizonte. Pertenebió, según dicen, a los templarios, pero hoy no es más que una abadía del arzobispado de Toledo muy destruida y desierta, de la cual apenas quedan ya más que las paredes y dos sepulcros de piedra, de antigua y desusada forma. No hay en ella ni una pequeña capilla, falta que ignoramos a qué deba atribuirse, si ya no es a que hacia el septentrión, debajo de aquel mismo templo, hay una muy tosca y rudamente fabricada en una llanura circuida por todas partes de collados y plantada de añosas y robustísimas encinas. Es esta humilde capilla, a pesar de lo pobre, muy venerada de todos los pueblos del contorno, y más que todo notable por un jardín adjunto, donde brillan las aguas de una fuente inagotable bajo la sombra de castaños y nogales, ciruelos, morales y otros árboles de que abundan aquel lugar y sus alrededores. No sin razón se ha creído que pudo ser tan deliciosa llanura consagrada a Diana, diosa tutelar de los bosques para los antiguos, opinión que nos permite hasta cierto punto seguir una inscripción romana, concebida en estos términos:

TOGOTI

L. VIBIUS

PRISCUS

EXVOTO

En lugar de *Togoti* creo que podría leerse *Toxoti*, epíteto dado muy frecuentemente a aquella Diosa por el arco y las flechas de que la pintaron casi siempre armada. Es además la temperatura de aquel lugar admirable hasta en la estación en que arden abrasados por el sol el campo y las ciudades. De noche como de día puede uno pasar las horas sin molestia y sin fatiga, ya bajo la copa de los árboles, ya bajo el sencillo techo de una rústica cabaña. Soplan templadísimos vientos puros y libres de todo miasma, brotan de todas partes las más frescas aguas, corren acá y acullá fuentes cristalinas, cosas todas por las que no sin razón fue aquel lugar llama lo Pielago. Alegre es allí el sol, alegre el cielo, alegre por demás la tierra, cubierta de tomillo, borraja, acedera, peonía y mucho más de yezgos y de helechos. Baste decir, por fin, en su elogio que dio la Antigüedad el nombre de Eliseos a tan afortunados campos: tal y tan agradable se presenta en ellos el cielo en tiempo de verano. Suministran abundantemente los pueblos y las aldeas vecinas todo lo necesario para la vida, uvas, higos, peras que pueden sostener la comparación con las mejores, jamonés excelentes, peces, aves, carnes y vino que podrían hacernos olvidar la patria. Es verdaderamente de admirar que reuniendo tantas y tan buenas dotes, estén aún aquellos lugares faltos de quintas, ni hayan merecido ser durante los rigores del agosto moradas de recreo y de placer para los ricos, que difícilmente podrán encontrar otros más ame-

nos, saludables ni fecundos. ¿Podemos ignorar empero que suele medirse por la renta que producen la fama y la hermosura de las comarcas, y que los más arreglan a lo que les es útil sus deseos?

Pasó un verano a vivir en aquel monte mi amigo Calderón, uno de nuestros primeros y más notables teólogos, canónigo, por su mucho saber y erudición, de la iglesia de Toledo, el cual, sintiendo quebrantada su salud por el trabajo y deseando hallar un lugar a propósito contra los ardores de la estación, no sé si por la casualidad o aconsejado, lo eligió como el que más podía contribuir a reparar sus fuerzas. Con la confianza que siempre me trata me invitó, estando yo en Toledo, a que pasase a vivir con él para que se le hiciese más agradable aquella soledad, donde después de haber invertido el tiempo necesario en el rezo, la misa y la lectura, nos entregábamos a eruditas y amistosas conversaciones, que nos servían de gran placer y esparcimiento. Accedí a los deseos del amigo, y no me pesó a la verdad, pues nunca brillaron para mí días tan alegres ni tan claros; tan dulce y tan agradable era la sociedad en que vivíamos. Sólo nos molestaba algún tanto lo incómoda que era nuestra vivienda, poco limpia, demasiado humilde, y lo que es más, abierta por no pocas partes a las inclemencias del cielo, incomodidades que se prestó aun a remediar un propietario de una aldea vecina, nada mezquino por cierto, edificando para el próximo verano a su costa y sobre el plan que le dimos una casa que, aunque de modesta estructura, había de ser para nosotros luego de concluida comparable con el más soberbio palacio de los reyes.

Andábamos ocupados en la construcción de este edificio, cuando recibimos, príncipe Felipe, de tu maestro García Loaisa cartas llenas de bondad y cortesía y con ellas las eruditas y elegantes conferencias que bajo su dirección tuviste sobre la gramática de Lorenzo. Estaba a la sazón con

nosotros Suasola, varón docto y prudente, que venía frecuentemente a confesarnos desde el vecino pueblo de Navamorcuende, sujeto de tan claro ingenio y de tan candorosas costumbres, que con facilidad se reconoce en él al verdadero cántabro. Solíamos, apenas bajaba el sol al Occidente, trasladarnos a la cercana cumbre, desde la cual podíamos, a pesar de la distancia, contemplar los monumentos de Toledo cuando no empañaba nubecilla alguna aquel sereno y trasparente cielo. Recreado el ánimo con tan agradable vista y sobre todo por el contraste de aquella dulce tranquilidad con el bullicio de las ciudades, nos poníamos entonces a rezar alternadamente los versos de los salmos, trabajo que podíamos dedicarnos sin esfuerzo halagados por las suavísimas auras que allí incesantemente se respiran. Aconteció aquel día que, concluida más pronto de lo regular nuestra tarea, estábamos contemplando los muchos árboles que yacen en el bosque arrancados por la mano de los hombres o por la fuerza de los vientos desde el pie de una añosa encina, de hendido tronco, pero de extensas ramas, por cuyo follaje podían apenas abrirse paso los rayos de la luna. Allí, como de ordinario acontece, nos acordamos de las últimas cartas recibidas, e hicimos naturalmente recaer la conversación, oh Príncipe, en tus sabios maestros el marqués de la Velada y García Loaisa, varones eminentes, cuyos dominios y propiedades patrimoniales cabe descubrir desde aquel monte, hombres ya en nuestros tiempos escasos, de singular moderación, de templadas costumbres, de grande amabilidad y prudencia, que conservan aún toda la gravedad de nuestros antiguos nobles, y acreditan con sólo haber sido elegidos para tus maestros el gran tacto del Rey, confirmado ya como superior al de todos los demás mortales por tantos y tan insignes hechos. Me prohíbe referir el pudor todo lo que a este propósito se dijo, que fue mucho.

Mediaron a poco unos cortos instantes de silencio, después de los cuales grande, dije, es el cargo de educar a nuestro Príncipe, grande el de cultivar el ingenio y formar las costumbres de aquel cuyo imperio, después que hayamos conquistado Portugal, cosa no muy lejana, ha de tener por límites las mismas fronteras del Océano y la Tierra. ¿Puede haber cosa de mayor trascendencia que el que se descuiden o se esmeren en instruirle? Es tanto más de agradecer el desempeño de este cargo, cuanto que, inclinada siempre la multitud a lo peor, si hace el príncipe progresos, los atribuye por entero a su alto rango, a su nobleza, a sus excelentes facultades; si falta, cosa nada extraña en medio de tanta abundancia, y sobre todo en medio de las licenciosas costumbres de palacio, la envidia o la maledicencia lo achaca a las supuestas faltas de sus maestros.

Así sería, dijo Suasola, si para algo le hiciesen falta al Príncipe esos profesores; pero ¿tiene acaso más que irse formando con los ejemplos de su sabio padre, cuyas huellas empieza a seguir ya con seguro y firme paso? ¿Para qué han de servir además las letras a un príncipe de España? ¿Debe acaso languidecer en el estudio y palidecer en la sombra el que sólo ha de cuidar de las armas y los negocios de la guerra? Nuestra historia nacional nos presenta a cada paso príncipes que, sin haberse dedicado nunca a las letras, alcanzaron gloria y renombre tanto por lo que hicieron en la paz como por lo que llevaron a cabo en los campos de batalla. ¿Nos hemos olvidado ya del Cid, de Fernando el Católico, cuyas cenizas están aún calientes y de otros muchos varones ilustres, que sin el auxilio de las artes y las ciencias triunfaron noblemente de sus enemigos sólo por su educación militar y la grandeza de sus almas?

Extraño, repliqué yo entonces, que hombres como tú quieran darnos príncipes toscos y sin instrucción alguna, es decir, troncos o piedras sin ojos, sin orejas, sin sentido; ¿es